
El Último Pregón

Episodio del Diluvio

José Fernández Bremón

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8413

Título: El Último Pregón
Autor: José Fernández Bremón
Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 1 de agosto de 2024
Fecha de modificación: 1 de agosto de 2024

Edita textos.info

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Último Pregón

¡Qué tiempos aquéllos! ¡Qué hombres! A los quinientos años de edad digerían un becerro y requebraban a las mozas. No se había inventado la tijera, y cada dedo suyo era un puñal con uñas de cuatro o cinco siglos. Mandaban los Patriarcas, que no habiendo realizado aún la conquista del caballo, montaban a hombros de infelices que tenían a orgullo trotar bajo el jinete. Estaban en embrión las instituciones y adelantos de las futuras sociedades: el feminismo se contentaba con la conquista o caza del varón; la galantería de éste con las hembras no pasaba del pescozón antediluviano, en señal de preferencia; la Geometría se estudiaba en el escarabajo, inventor de la esfera; del Derecho de propiedad no se conocía lo tuyo, sino lo mío; de la Justicia, la vara, luego tan frondosa, y, enfin, no se habían inventado todavía los amigos.

Al caer las primeras gotas, como puños, de los cuarenta días del Diluvio, el género humano estaba indefenso: no había paraguas ni impermeables en el mundo. ¿En qué parte del globo ocurrió lo que voy a referir? Las aguas antediluvianas, pasando una esponja sobre el mapamundi primitivo, han borrado el sitio.

* * *

—Buen barrizal habrá mañana —decía un hombre de carga a su jinete.

—Eso es cuenta tuya —respondía el otro—, que yo no he de embarrarme los talones.

—¿Y si me atascara? Que también la suerte de los de abajo alcanza a los de arriba.

—Calla y corre, que me mojo.

—Ya lo siento, por el agua que chorreas; me parece que llevo un río auestas.

—¿Río dijiste? En él estamos, y creí traerte hacia el arroyo.

—Es el arroyo que ha crecido; no hay arroyos ya.

—¿Y mi casa de abajo, la que dejé abierta y vacía?

—¿Vacía? —dijo un transeúnte—. Está llena de peces; he visto colear encima de tu cama una merluza.

—A buen tiempo has mudado de oficio —decían a un aguador cargado con su vasija—; ayer eras herrero.

—¿Y qué más da, si están todos los hornos apagados?

—Lavandera, ¿adónde corres?

—A recoger la ropa que puse a secar en el tendedero.

—Doy mi primogenitura por un vestido seco —exclamaba un joven, tiritando.

—Llueve por arriba, por abajo y de través; éste es mi ideal —vociferaba un precursor de la política hidráulica.

—Sí, pero ya no veo mis tierras, que están debajo del agua. ¿Qué flota a lo lejos? Es un árbol.

—Y en la copa, una madre con sus hijos; parece una familia de jilgueros.

—Esto no puede durar, pero entretanto ganemos una altura.

—¡Atrás! —vociferaban los encaramados—. Esto está lleno y no se cabe.

Los recién llegados trataban de espantarlos para hacerse

hueco gritando:

—¡Guarda el león! ¡Guarda la pantera!

Y respondían los de arriba:

—¿Fierecitas a nosotros? Aunque vinieran mastodontes no nos moveríamos de aquí. ¡Ea! ¡Echaos a nadar!

—Tiene razón el hombre: ¿el agua domina? Pues al agua. No se debe contrariar a lo que manda.

—¡Tierra! —dijo uno de los nadadores, y dando unas brazadas se abrazó al tronco de un árbol sumergido; pero el supuesto tronco le despidió en dirección desconocida: era la trompa de un mamut.

En aquel trastorno todo estaba dislocado: pasaban mujeres embarcadas en sus sombreros buscando maridos extraviados; flotaban los monstruosos muebles anteriores al Diluvio, condenados a justa destrucción; cruzó una cuna arrastrada por el agua, y al querer disputar al niño el lecho salvador sólo hallaron un viejo que, con un hacha de piedra, rechazó a los agresores. Era un abuelo que, por salvarse, había quitado la cuna a su bisnieto.

—¡Plaza! ¡Plaza al gran cacique! —decía la muchedumbre, ofreciendo cortesanamente las espaldas y apartando a los que habían trepado a la colina.

—¡Que suba! ¡Que suba! —respondían todos—. Y que nuestros hombros le sirvan de peldaños. La cabeza del que esté más alto será su taburete. Tiene derecho; es el nieto de Caín y el que heredó la quijada del jumento.

A la grandeza del cataclismo no correspondían las frívolas exclamaciones de las gentes:

—Quietos, quietos —decían los unos—; no mováis el agua, que ya nos llega al cuello.

—Eso rezará con vosotros —respondía un gigantón.

—Ya escampa —decía un sabio.

—¿En qué lo conoces?

—En que vuelan esos pajarillos.

—¿Y qué han de hacer si no tienen donde posarse? Allí donde se puede poner el pie todo está ocupado. Tú mismo tienes un gallo en la cabeza, encima del gallo una perdiz, sobre la perdiz un ratón y encima del ratón un saltamontes.

Y el agua iba subiendo, y los hombres empinándose y envidiando el cuello de los cisnes y jirafas.

—Pero ¿cuándo habrá una clara? —decía uno—. Me están esperando en casa.

—¡Y a mí que me hace tanto daño la humedad! —añadía una señora.

—¿No anda aquel hombre de pie sobre las aguas? ¿Será un ángel?

No era un ángel, era un genio; un hombre que anticipándose a su edad, en un momento de suprema inspiración, había inventado los zancos.

—¡Arpones! —gritó el gentío—. Que se acerca un tiburón.

—No seáis bárbaros; es mi pobre suegra.

Y la vieja, nadando, alcanzó una tortuga y subiéndose en ella se arrellanó sobre el testáceo.

Visión extraña. Antes de nacer Venus en la concha, apareció la caricatura del divino cuadro en aquella suegra vieja, tripuda y monstruosa, sentada en el espaldar de una tortuga.

Una carcajada general saludó la aparición, y un nuevo incidente desvió la atención pública; era un toque metálico y estridente que salía de una balsa y pareció animar a la muchedumbre.

—¡La Autoridad! —decían—. Ya viene auxilio. ¡Primero a nosotros!

Un hombre de voz poderosa pregonó:

—De orden de quien manda porque puede, se dispone lo siguiente:

»Cada familia, mientras duren estas lluvias, desalojará de agua su vivienda, y todas las familias juntas desaguarán la ciudad, bajo pena de cien palos por persona.

El griterío que se produjo fue formidable; pero un nuevo turbión echó a pique la balsa, cubrió todas las cabezas y cerró todas las bocas.

* * *

En aquel rincón del mundo sólo un hombre sobrevivía en la cima de un ciprés; era un vendedor que, aterrado del silencio y enloquecido de espanto, pregonaba su inútil mercancía para acompañarse el miedo con la voz:

—¡El aguador! ¡Agua fresquita! ¿Quién quiere más agua?

José Fernández Bremón



José Fernández Bremón (Gerona, 1839-Madrid, 1910) fue un escritor, periodista y dramaturgo español.

Huérfano de padre y madre desde muy niño, vivió en Madrid desde los tres años educado y criado por su tío José María, quien le inició en el mundillo literario. Emigró a Cuba y México, donde habría hecho fortuna por su laboriosidad y talento natural de no haber deseado ardientemente volver a

su patria; ya en ella fue colaborador de El Globo, El Bazar (1874-1875), Blanco y Negro (1891 -1892), El Liberal, El Diario del Pueblo y Nuevo Mundo; fue redactor de La España, que luego dirigió, así como de La Época y La Ilustración Española y Americana; en esta última publicaba una "Crónica general" a la semana comentando los sucesos de actualidad con sátira ligera e ingenio, pero siempre sin decir las cosas a las claras. Denunció, por ejemplo, el interés de las potencias occidentales en ocultar los desmanes y crueldades de Turquía en Bulgaria. Ironizó también la habitual treta de valorar más las apariencias que las esencias en poemas como "Dar liebre por gato" y otras veces descubrió plagios literarios. Otros poemas suyos fueron recogidos en El libro de la Caridad (1879), según Cossío.

Afiliado siempre al Partido Conservador, fue un periodista con gracia particular, oportuno en la anécdota y la broma. Su escepticismo aparente era más bien benevolencia tolerante. Asiduo de la tertulia de María de la Peña, baronesa de las Cortes, sostuvo con Leopoldo Alas "Clarín" una sonada polémica en 1879 que abarcó más de veinte años; Clarín le achacó la culpa de la estruendosa silba que acogió su drama Teresa y le llamó "el Himeto de la crítica en cuanto a dulzura"; por eso fue blanco predilecto de sus Paliques junto a autores como Peregrín García Cadena. Bremón correspondió atacándole cuando vino a dar una conferencia al Ateneo de Madrid en 1886 y en otras ocasiones. Sin embargo, habían sido amigos y ambos se apreciaban como escritores.

Sus Cuentos (1879) fueron muy apreciados y han sido recientemente reimpresos (Un crimen científico y otros cuentos, Madrid: Lengua de Trapo, 2008). En plena época del Realismo, le interesa la fantasía per se y presagia la literatura de ciencia-ficción o ficción científica no ocasionalmente, sino en dos de sus cuentos, "Un crimen científico" (1875) y "M. Dansant, médico aerópata" (1879), que son los mejores de este género en la España del XIX; el primero narra los experimentos de un médico para hacer ver a los ciegos, con marcado aire gótico; el segundo cuenta un

rentable timo. En otros imita lo mejor de Charles Dickens. Otras narraciones son Siete historias en una: cuento (Madrid: Imprenta y Estereotipia de El Liberal, 1885) y Gestas o El idioma de los monos (Coruña, 1883). Al teatro lleva un fino humorismo sentimental que no llega nunca a caer en la sensiblería, a pesar de que no llegó a tener éxito con su producción dramática, en la que destacan obras como Dos hijos, Lo que no ve la justicia, Pasión de viejo, El espantajo (1894), Pasión ciega, Los espíritus, El elixir de la vida y La estrella roja (1890). Jordi Jové encuadra su postura filosófica dentro del positivismo comtiano en boga en la época.